



BIBLALVALLE



Boletín N° 7 de la Biblioteca Escolar MIRALVALLE (Plasencia)

Junio de 2006

EL HOMBRE QUE PERDIÓ SU TIEMPO
EL TIGRE, EL SABIO Y EL CHACAL
LA ARAÑA Y LA SABIDURÍA
EL BARBERO Y EL LEÑADOR
LEYENDA DE HUASCARÁN Y HUANDOY
EL PÁJARO CU
EL PEZ DE ORO
EL JUEZ Y EL ZAPATERO
EL FUEGO

Edita:
Colegio Público Miralvalle
PLASENCIA

Cuentos del Mundo



El hombre que perdió su tiempo (Japón)

En un pueblo muy pequeñito de Japón vivió, hace muchos años, un labrador llamado Wang-Chih, con su mujer y sus hijos. Todas las mañanas, en cuanto salía el sol, Wang-Chih se iba al campo que había heredado de sus antepasados, y allí pasaba el día trabajando hasta que el sol se ponía. Luego volvía a su casa, junto a su familia a la que quería mucho. Wang-Chih era un hombre feliz.

Una mañana, cuando se preparaba para ir al campo, sus hijos le dijeron:

-Vuelve temprano papá. Hoy son las fiestas del pueblo y tienes que ayudarnos a hacer los faroles para la procesión de los faroles...

Wang-Chih pasó toda la mañana sembrando y cuando llegó la hora de comer, se metió en una cueva para protegerse del sol.

En aquella cueva había dos viejos jugando al ajedrez. Wang-Chih se quedó mirando cómo jugaban y al cabo de un rato vio que las barbas de los viejos crecían muchísimo.

-¿Cómo os pueden crecer tan rápido las barbas?

-¿Rápido? – Le contestó uno de los viejos. Hace ya medio siglo que has llegado. En esta cueva pasa el tiempo muy deprisa.

Sorprendido e incrédulo, Wang-Chih salió de la cueva y se fue a su casa. Al llegar, vio que todo había cambiado. En lugar de su pueblo había ahora una gran ciudad, y donde estaba su casita había ahora un gran casa solariega.

Wang-Chih no acababa de comprender lo que estaba pasando.

-Por favor, señora -preguntó- ¿Sabe usted dónde puedo encontrar a la mujer y a los hijos de Wang-Chih?

La mujer lo miró extrañada:

-¿Te refieres a la mujer y a los niños de aquel hombre que fue al campo y no volvió? Cuando era pequeña, le oí contar a mis padres que los tres murieron pobres y tristes hace muchos años.

Wang-Chih regresó desesperado a la cueva donde los viejos seguían jugando al ajedrez y les rogó que le ayudaran a volver a su tiempo.

-Lo conseguirás si bebes el elixir de la vida que guarda la Liebre Blanca de la Luna.

Salió corriendo de la cueva y vio una preciosa cigüeña blanca. Se montó en ella y se dirigió a la luna. Allí vio a la Liebre Blanca y le pidió el elixir.

La Liebre, que era muy sabia, lo escuchó muy atenta. Luego lo llevó hasta la cumbre de una montaña y le dijo:

-Mira ahí abajo. Tu pueblo era antes una triste aldea con chozas y caminos llenos de barro. Hoy, es una gran ciudad con hermosas casas y buenas calles. ¿Estás seguro de que prefieres el tiempo pasado a éste?

Wang-Chih no lo dudó ni por un instante:

-En ese lugar vivían mi mujer y mis hijos. Sólo deseo volver con ellos y ser feliz.

La Liebre le dio el elixir y lo bebió. Al instante, se encontró de nuevo en el camino de entrada al pueblo.

Comprobó que todo estaba igual en el poblado y una enorme alegría llenó su corazón. Cuando llegó a casa, casi era de noche y el viento movía los faroles que la gente colgara en las puertas. Sus hijos lo estaban esperando.

- Papá, pensábamos que no llegarías a tiempo para la fiesta.

Wang-Chih no les contó nada de lo que le pasara. Todos estaban muy contentos. Los niños llevaban farolillos de todos los colores. Y arriba, en la Luna, se veía una sombra con largas orejas que parecía sonreír.

El Tigre, el Sabio y el Chacal

(India)

Este cuento indio explica la historia de un tigre enjaulado que cuando se vió libre no quiso cumplir un pacto. Y es que las malas intenciones se acaban pagando.

En un pueblo de la India había un tigre que por las noches se comía los corderos y las ovejas de la gente. Al fin consiguieron encerrarlo en una jaula de bambú y la gente se quedó tranquila, porque ya no podría atacar a sus animales.

Un día pasó un viejo sabio cerca de la jaula. El tigre le dijo que tenía mucha sed y le suplicó que lo dejara salir para ir a beber al río.

- Si te libero, me comerás – dijo el viejo sabio.

- No viejo sabio, no te comeré. Todo lo contrario, te estaré muy agradecido y te obedeceré en todo. Sólo iré a beber agua al río y volveré a mi jaula. Te lo prometo.

El sabio se quedó pensativo por unos momentos. Pensó que el tigre decía la verdad y le abrió la jaula. Entonces, el tigre, que estaba más hambriento que sediento, saltó sobre el sabio con la boca abierta mientras le decía:

- ¡Oh! viejo sabio, has sido muy inocente con dejarme salir. ¡Ahora te comeré!

- ¡No es justo, esto! ¡Yo te he liberado y ahora tu me

quieres comer! Me has prometido que no lo harías. Hemos hecho un pacto. ¡No es justo!

- Sí que es justo. ¡Tengo derecho a comerte! – replicó el tigre.

- Pero yo he confiado en ti -respondió el sabio-. Haremos una cosa. Preguntaremos a los tres primeros seres vivos que pasen por aquí si es justo que me comas. Si todos dicen que sí, no pondré resistencia y me podrás comer. ¡Pero si sólo uno de ellos dijera que no es justo, no me tocarás ni un pelo!

- Ummm.... De acuerdo – dijo el tigre. Pero que sea rápido, ¿eh? Que tengo mucha hambre.

Por allí pasaba un buey. El sabio y el tigre se le acercaron.

- Hola, amigo buey. Tenemos una duda y te la queremos consultar. Este tigre estaba prisionero en una jaula y me ha pedido que lo liberara para ir a beber agua. Me prometió que no me comería, pero después de liberarlo quiere comerme. ¿Crees que es justo?

- Cuando era joven, trabajaba de sol a sol en el campo. Tiraba del carro todo el día para que mi amo labrara el campo. Pero ahora que soy viejo, me ha echado de casa porque ya no sirvo para trabajar. Los hombres no son justos... Tigre, te lo puedes comer.

La boca del tigre se llenó de saliva. No lo pudo evitar

y volvió a saltar sobre el viejo. ¡Tenía mucha, mucha hambre!

-¡Un momento! -dijo el sabio-. Hemos acordado que le preguntaríamos a tres seres vivos y este era solo el primero.

- De acuerdo, de acuerdo -dijo el tigre-. Pero vayamos rápido, ¡que hace días que no como nada!

Entonces pasaron por debajo de un mango. El sabio se dirigió a él:

- Amigo mango. ¿Tú piensas que es justo que este tigre me coma después que lo haya liberado de una jaula donde estaba preso?

El mango hizo un movimiento con las ramas y contestó:

- A los hombres les gusta en primavera y en verano, cuando comen mis frutos y vienen a yacer bajo mis ramas para dormir. Pero en invierno, me cortan las ramas y me prenden fuego. No me hables de justicia. Yo creo que estás en tu derecho de comértelo, tigre.

- Nuevamente, el tigre saltó sobre el viejo sabio. Pero este le recordó que sólo había preguntado a dos seres y que todavía faltaba uno.

Entonces se cruzaron con un chacal. Cuando le plantearon la duda, el chacal dijo:

- Uff... pues es que soy un poco tonto y no puedo imaginar las cosas si no las veo.

- Es muy fácil, dijo el tigre. Yo estaba encerrado en una jaula de bambú...

- ¿En una jaula? -lo interrumpió el chacal-. ¿Y cómo era?

- ¡Pues una jaula de bambú, normal!

- Es que si no la veo, no os podré ayudar -respondió el chacal-.

Entonces se dirigieron a la hacia la jaula y el sabio se la mostró.

- El tigre estaba encerrado en esta jaula y me pidió que lo liberara -explicó-.

- ¿Encerrado? ¿Encerrado, cómo? -preguntó el chacal-
- ¡Mira que llegas a ser tonto, chacal! ¡Estaba dentro de la jaula con la puerta cerrada, así! -iba diciendo el tigre- mientras entraba en la jaula y cerraba la puerta.

Y se quedó encerrado otra vez.

- ¡Ostras! ¡Estoy otra vez encerrado! ¡Abridme la puerta, dejadme salir!! -exclamaba el tigre sin parar-.

- Bueno tigre, ahora si que puedo imaginar como estabas. Espero que nunca seas tan tonto como yo -dijo el chacal-. Y él y el sabio se alejaron de la jaula dejando encerrado al tigre para siempre.



La araña y la sabiduría (Ghana)

La araña Kwaku Anansi, de venerable memoria, le daba mucha rabia que los hombres fueran tan sabios. Así que, un buen día decidió recopilar toda la sabiduría de este mundo y conservarla para sus descendientes. Cogió un tarro de arcilla y lo dejó en un rincón de su casa con la intención de llenarlo de sabiduría.

A partir de aquel día, se dedicó a hacer preguntas a todo el mundo y, siempre que recibía una respuesta inteligente, iba a su tarro, lo destapaba, repetía la respuesta como si quisiera dejarla en su interior y volvía a taparlo.

Al cabo de unos años le pareció que el tarro ya estaba lleno, que ya contenía toda la sabiduría de este mundo. Pero entonces tuvo miedo de que se lo robaran, así que pensó en un lugar donde esconderlo. Tras reflexionar muchas horas, quizá incluso días, decidió ocultarlo entre las ramas de un árbol que estaban cargadas de hojas.

Kwaku Anansi se ató fuertemente el tarro a la barriga e intentó trepar al árbol que escogió previamente con mucho cuidado. Pero por mucho que lo intentó no fue capaz. El tarro y la barriga pesaban demasiado. Anansi no quería desistir de su propósito, así que se pasó tres días intentándolo.

Al tercer día pasó la liebre, que observó, divertida y curiosa, los inútiles intentos de Anansi por subirse al árbol. Pensó que quizá le podía echar una mano, así que se acercó, amablemente le dio los buenos días y al momento le preguntó:

- ¿Qué llevas en ese tarro?

- No te lo puedo decir –le respondió Kwaku Anansi-. Si te lo dijera, moriríamos las dos.

- Entonces es mejor que no me lo digas. Pero, veo que quieres subir al árbol con el tarro atado a la barriga. Así no podrás. Te iría mejor si te lo atases a la espalda.

¿Cómo? -dijo Kwaku Anansi- como si hubiera recibido una ducha de agua fría-. Yo creía haber acumulado toda la sabiduría de este mundo dentro de mi tarro de arcilla y resulta que todavía hay quien sabe cosas que yo no sé. Y, dicho esto, se desató el tarro y lo lanzó con tanta fuerza contra el árbol que se rompió en mil pedazos.

- Es mejor que la sabiduría se reparta por todo el mundo -dijo, con toda la rabia, Kwaku Anansi.

Y con paso lento, pero decidido, volvió a su casa.



El Barbero y el Leñador (Egipto)

Hace mucho tiempo, en la ciudad del Cairo, vivía un barbero que era más listo que el hambre.

En una ocasión vio pasar por delante de la barbería a un leñador con un burro cargado de leña y le propuso un trato:

- Por diez monedas te compro toda la madera que traigas a lomos del burro.

Al leñador le pareció un buen negocio, así que hicieron el trato formalmente. Descargó toda la leña, la apiló en la barbería y pidió el dinero convenido. Pero el barbero le dijo que antes le tenía que dar el baste de la silla de montar, que también era de madera, y, por lo tanto, entraba en el trato. El leñador, furioso, no estuvo de acuerdo. Alegó que en la compra de una carga de leña jamás se había incluido el baste.

- Lo siento –dijo el barbero-. El caso es que hemos hecho un trato, y un trato es un trato.

¡Pues sólo faltaría que no respetáramos la palabra dada!

Y añadió que, si no le daba el baste, se quedaría toda la leña sin pagarle nada.

El leñador tuvo que conformarse, pero fue a explicar el caso al juez, que tenía fama de justo. El magistrado lo escuchó con toda la atención y declaró que no le podía dar la razón: los tratos son tratos y deben cumplirse. Ahora bien, le hizo una sugerencia que al leñador le pareció muy adecuada.

A la mañana siguiente, el leñador entró en la tienda de

aquel barbero tan pícaro y le preguntó cuánto le cobraría por afeitarlo a él y a su compañero. Y convinieron el trato de tres monedas por los dos. El leñador se sentó, el barbero lo afeitó y, cuando hubo acabado, el leñador le dijo:

- Un momento, que voy a buscar a mi compañero.

Y, al cabo de poco, regresó con su burrito y dijo al barbero que aquél era su compañero. Le pidió que lo afeitara bien afeitado, tal como habían convenido. Entonces fue el barbero quien protestó indignado.

- ¿Dónde se ha visto que un barbero afeite a un asno? – exclamaba el barbero, exaltado, como si acabara de recibir un insulto.

- Lo siento –dijo el leñador-. El caso es que hemos hecho un trato, y un trato es un trato. ¡Pues sólo faltaría que no respetáramos la palabra dada!

Tuvieron que llamar al juez, que dio la razón al leñador. Así que el barbero tuvo que afeitar al burro del leñador, cosa que le llevó unas cuantas horas de trabajo. ¡Cómo se reía la gente del barrio, que se había reunido alrededor de la tienda, atraída por aquel caso tan singular!



La leyenda de Huascarán y Huandoy, leyenda de los Yungas (Perú)

En el reino de la sierra de los Andes, en el valle del Callejón de Huaylas vivían los dioses. El dios supremo, Inti (el sol) tenía una hija llamada Huandoy.

Huandoy era tan bonita como una tierna y fresca orquídea. Su padre pensaba casarla para toda la eternidad con un dios de belleza similar y sus mismas virtudes. Pero en el corazón del valle, en el poblado de los Yungas, vivía un gentil y valiente príncipe mortal, llamado Huascarán, que se enamoró profundamente de la bonita Huandoy. Ella correspondía al amor del príncipe. Se encontraban a escondidas, eran felices y sentían una gran pasión y ternura el uno por el otro.

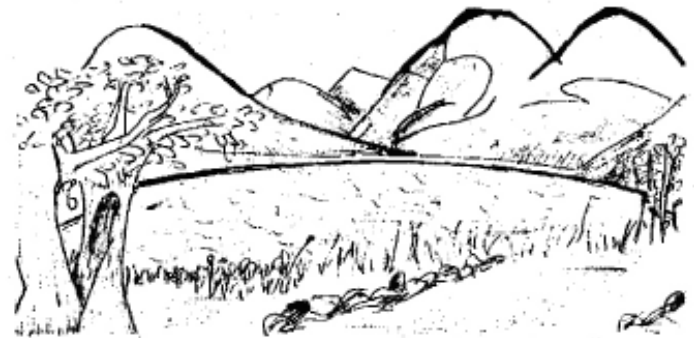
Cuando el dios padre se enteró de los amores entre su hija y el príncipe mortal, le suplicó que le dejase, que vivir con un príncipe mortal no era conveniente para una diosa. Pero la pasión de los jóvenes era superior a las súplicas del padre, a sus consejos y sermones.

Tan grande fue la rabia que sintió el dios supremo, Inti, ante la fuerza del amor de su hija con un mortal que maldijo esta relación y les condenó hasta la eternidad a vivir separados.

Les convirtió en dos grandes montañas de granito y las cubrió de nieve perpetua para calmar su ardiente pasión. En medio de las dos montañas situó un valle estrecho y profundo para que estuviesen totalmente aislados. En su furia, el dios padre, elevó las montañas a una altura majestuosa, con el fin de que los príncipes se pudiesen ver, pero nunca más se llegasen a tocar.

Los enamorados lloran su dolor, funden gota a gota la nieve que les cubre y sus lloros de amor se unen en un lago de color azul turquesa para toda la eternidad. Este lago recibe el nombre de “Llanganuco” y lo encontraréis si un día vais al Perú, a una altitud de 3.400 metros sobre el nivel del mar. Las montañas que llevan el nombre de los príncipes Huandoy y Huascarán, tienen una altitud de 6.560 metros y 6.768 metros, son las montañas más altas del valle y de todo el país.

Y leyenda contada leyenda acabada.



El Pájaro Cu (Mexico)

Cuando Dios hizo el mundo, tuvo mucho cuidado en darle forma a las aves. Hizo sus cuerpos y luego los cubrió de plumas, creando al búho, a la paloma y al pavo real; cada uno diferente del otro. Pero luego se le acabaron las plumas. La última ave que quedaba era el pájaro Cu que no pudo recibir plumas. Al pájaro Cu eso no le importaba. Podía ir al lugar que quisiera, y no le importaba estar tan desnudo como la palma de la mano.

Pero las otras aves estaban preocupadas.

“¿Qué podemos hacer por él?” preguntó el búho.

“¿Qué pena me da esa pequeña cosa,” dijo la paloma. “Luce tan feo,” agregó el pavo real. “Todos los otros animales hablan de él.”

Las aves estuvieron de acuerdo en que algo tenía que hacerse. En eso el búho dijo: “Si cada uno de nosotros le da una pluma quedará completamente cubierto y nosotros no sentiremos la diferencia.”

Todas las aves estuvieron de acuerdo en que era una idea estupenda. El loro le dio una pluma verde, el canario una amarilla, el pájaro de guinea le ofreció una pluma plateada; el cuervo una negra; la del cisne era blanca; y el petirrojo le dio un pluma roja y brillante.

Y estaba el pájaro Cu a punto de recibir su nuevo abrigo, cuando repentinamente el pavo real chilló: “¡No! Con todas esas plumas él estará pavoneándose lleno de orgullo.”

“Pero no lo podemos dejar desnudo,” dijo la paloma. “Él es la vergüenza de la comunidad de aves.”

Todos, incluyendo al pájaro Cu, se preguntaban qué hacer. “Ya sé,” dijo el búho. “Si cada uno de ustedes le da una pluma yo lo vigilaré y los protegeré a todos ustedes de su vanidad.” En poco tiempo el pájaro Cu era el ave mejor vestida de los alrededores.

Hasta el pavo real admiraba en silencio su plumaje. Extendiendo sus resplandecientes alas, el pájaro Cu voló directamente hacia el estanque donde pudo ver reflejada su imagen y se quedó maravillado. Luego salió veloz como un rayo hacia el cielo.

El búho, viejo y pesado, trató de seguirlo, pero sus cortas alas no estaban hechas para ese tipo de vuelo. Lentamente, haciendo espirales bajó a la tierra, donde encontró a las otras aves esperándolos en las ramas de los árboles.

Entonces el loro dijo: “Ninguno de nosotros ha podido volar nunca hasta el cielo. Eso sólo nos puede traer problemas. Todos vamos a tener que pagar por su vanidad.”

“Es culpa del búho” dijo el pavo real. “Yo se lo advertí.”

Después de lo cual empezaron a perseguir al búho. El búho encontró refugio en el agujero de un árbol. Y así pasaron los días, en los que el búho se preguntaba cómo hacer para que el pájaro Cu regresara del cielo. Un día recibió una visita.

“Pasa, correcaminos,” exclamó el búho. “Me alegra mucho verte.”

“Te he traído algo para cenar,” dijo el correcaminos.

“Muchas gracias. ¿Pero qué es lo que debo hacer?” preguntó el búho.

“Debes quedarte acá,” le advirtió el correcaminos. El cuervo ha jurado que te matará si no le devuelves su pluma.”

El búho le dijo: “Entonces tendré que cazar por las noches, cuando el cuervo está dormido. Y llamaré al pájaro Cu hasta que regrese.

“Yo lo buscaré por el camino,” agregó el correcaminos.

Y hasta hoy lo están buscando. Por eso es que el correcaminos corre veloz como una flecha de un lado a otro buscando al pájaro Cu. Y si escuchas por las noches, podrás oír al búho llamando “¡Cu, Cu, Cu, Cu!”



El Pez de Oro (Rusia)

Había una vez, en un pueblo muy pequeño, un anciano y una anciana que vivían en una casa muy pequeña y muy vieja al lado del mar.

Eran tan pobres, tan pobres que solo podían comer peces que el anciano pescaba en el mar.

Un día el anciano se fue a pescar y hacía muy mala mar. El anciano lanzó su caña de pescar al agua. Esperó un poco y cuando sacó su caña del agua vio que nada más había pescado una piedra. Lanzó de nuevo la caña al mar y cuando la fue a sacar, vio que solamente había un pez muy pequeñito. Cuando quiso meter el pez dentro de su barca vio que era un pez muy brillante, de color, era un pez de oro.

En aquel momento el pececito comenzó a hablar rogando al pescador:

- ¡Por favor, déjame en el mar! ¡Déjame vivir! Si me dejas ir te concederé todo aquello que me pidas.

Entonces, el anciano le contestó:

- Te dejo que vivas y no hace falta que me concedas nada.

El anciano dejó al pez de oro en el mar con mucho cuidado y después se marchó hacia su casa.

Cuando llegó a casa, su mujer lavaba la ropa en un barreño muy viejo. El anciano le explicó lo que le había pasado en el mar. Su mujer comenzó a refunfuñar y le dijo:

- ¡Pero qué has hecho tonto! ¿Has dejado ir al pez sin pedirle ningún deseo? ¡Le podías haber pedido un barreño nuevo! ¡Es que no ves que el que tenemos está muy viejo!.

El anciano no contestó nada y se marchó al mar, y una vez allí gritó:

- ¡Pececito de oro, buen pececito de oro ponte de cara a mí y de espaldas al mar!

Tan pronto acabó de decir aquellas palabras, el pececito apareció.

- ¿Qué quieres de mí? – le dijo el pececito de oro.

- Mi mujer quiere que te pida un barreño nuevo porque el nuestro es muy viejo y no sirve para nada.

El pez de oro le contestó:

- Vuelve a casa que tu deseo te será concedido.

Cuando el anciano llegó a su casa, la mujer que ya le esperaba lavando la ropa en el barreño nuevo, le dijo:

- ¡Pero cómo es que no le has pedido una casa nueva bobo! ¡Es que no ves que la nuestra es muy vieja!

El anciano no le contestó nada y se marchó al mar, y una vez allí gritó:

- ¡Pecesito de oro, buen pecesito de oro ponte de cara a mí y de espaldas al mar!

- ¿Qué quieres de mí?- le preguntó el pecesito de oro.

Mi mujer quiere que te pida una casa nueva, porque la nuestra ya es muy vieja y el tejado está a punto de caerse.

El pecesito de oro le contestó:

- Vuelve a casa que tu deseo te será concedido.

Cuando el anciano llegó encontró a su mujer en el patio de una hermosa casa con unas ropas muy bonitas y rodeada de criados.

- ¡Pero mira que eres estúpido! Vuelve de nuevo y ordena al pez de oro que quiero ser la reina del mar y que el pez sea mi criado.

Entonces, el anciano muy triste, se marchó al mar y gritó:

- ¡Pecesito de oro, buen pecesito de oro ponte de cara a mí y de espaldas al mar!

- ¿Qué quieres de mí?- le preguntó el pecesito de oro.

El anciano le explicó con mucha pena:

- Mi mujer se ha vuelto loca y quiere ser la reina del mar y que tú seas su criado.

El pecesito de oro no le contestó nada y desapareció en el fondo del mar.

Cuando volvió a casa vio a lo lejos a su mujer a la puerta de su primera casa, la vieja casa, con su vestido viejo y lavando la ropa en el barreño antiguo.

Y así acaba la historia; y nunca más se ha vuelto a ver a aquel pecesito de oro. Y dicen que ha perdido la confianza en los hombres y está escondido en el fondo del mar.



El Juez y el Zapatero

(Alemania)

En una población a las orillas del Rin vivía un juez que no tenía muy buena fama. Le reprochaban, sobre todo -en voz baja, eso sí-, que no aplicaba la ley a todo el mundo por igual. De acuerdo con sus sentencias, para los ricos y los poderosos, para las personas que disfrutaban de una buena posición y de influencia, la ley era amable y benigna, flexible y casi amorosa -como una madre. En cambio, para los pobres y los humildes, los desvalidos desprovistos de influencia, la misma ley aplicada por aquel juez era una ley dura, rigurosa, inflexible, áspera, de una severidad extrema. No se podía decir, en el caso de aquel magistrado, que la justicia tuviera una venda delante de los ojos y no hiciera diferencias.

Un día, el juez fue a ver a un zapatero que tenía el taller en la parte baja del Puente de Piedra y le entregó un par de zapatos. El zapatero se llamaba Hans Sacs y era famoso por su maña y su oficio, así como por la calidad de sus zapatos. Hans Sacs tomó las medidas del pie del juez y le dijo que pasara al cabo de ocho o diez días, que ya le tendría los zapatos terminados.

Al cabo de diez días, el señor juez volvió al taller de Hans Sacs, quien le dio los zapatos que le había confeccio-

nado. ¡Y qué par de zapatos! Dos zapatos bien hechos de verdad, dos espléndidas piezas de artesanía, casi dos obras de arte. Ahora bien: uno era muy diferente del otro. El zapato del pie derecho era un zapato plano, de color claro, de piel de ternero, con una hebilla de plata, y el otro, el del pie izquierdo, era un zapato de media caña, negro, que se abrochaba con un lazo de seda.

El juez observaba aquel par de zapatos y no salía de su asombro. No había visto nunca un caso parecido. Cuando un zapatero hace un par de zapatos, el del pie izquierdo siempre es igual al del pie derecho...

- ¡Escuchad, maestro Sacs! ¿Por qué los dos zapatos no son iguales? ¿Pretendéis reiros de mí?

- ¡Señor juez, esto no debería extrañaros! He hecho con los zapatos lo mismo que hacéis vos con vuestras sentencias: en casos parecidos aplicáis la ley a unos de una manera y a otros, de otra.



El fuego (Australia)

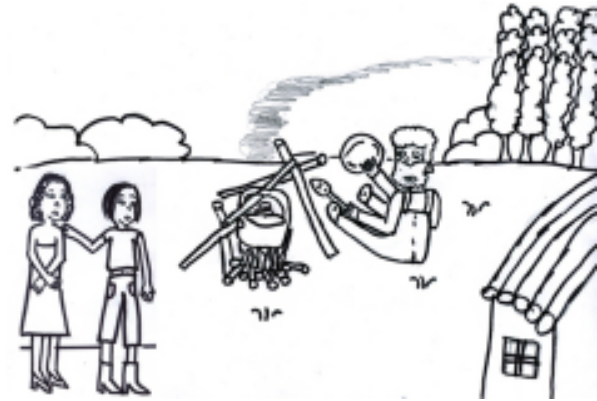
Había una vez un pobre viejo que vivía solo y apartado del mundo.

Un día, como distracción, se puso a frotar dos ramillas secas, una contra otra. Y de aquí que las ramillas prendieron y él se quemó un dedo. Pero conservó el fuego y al día siguiente coció con él la comida.

Se dio cuenta de que la carne sabía mejor que cruda, así que, desde entonces, sin decir nada a nadie, conservó celosamente el fuego añadiendo leña cada día, y lo utilizó para cocer su comida.

Un día, dos chicas se perdieron en el bosque, no sabían encontrar el camino de vuelta. Vieron, a lo lejos, una espiral de humo y se dirigieron hacia allí. La espiral salía de la cabaña del viejo y les llamó la atención por ser una cosa nueva y sorprendente, misteriosa.

Cuando el viejo vio que habían descubierto su fuego, se enfadó mucho, pero después se compadeció de aquellas dos muchachitas casi extenuadas de tanto andar y las invitó a comer carne a la brasa. El primer bocado, como no estaban acostumbradas a su sabor, no les convenció demasiado, pero no tardaron en descubrir que nunca habían comido nada tan bueno y dijeron que, a partir de entonces, no querían comer otra cosa.



Al cabo de unos cuantos días, las chicas decidieron volver a casa y se llevaron el fuego. Cuando el viejo se dio cuenta, furioso e indignado, salió en su busca con la intención de castigarlas severamente.

Los pájaros del bosque, que lo vieron, emprendieron el vuelo y, por arte de magia, formaron un riachuelo que separó a las dos chicas de su perseguidor. Pero éste era terco y consiguió atravesar el río. Entonces, las dos chicas se transformaron en pájaros que, llevaron en el pico las ramillas encendidas, llegaron a casa de sus padres y les enseñaron el fuego y a cocer la carne.

El viejo, transformado en un gavilán, no pudo atrapar a las chicas, así que tuvo que volver a su cabaña sin lograr su propósito. Sin duda nada le impediría volver a obtener fuego frotando, una contra otra, dos ramillas muy secas, cuanto más secas mejor.